



www.loqueleo.com/ec

© 1981, Miguel Delibes

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347. Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460. Guayaquil, Ecuador

Adaptación: Isabel Santos Gargallo

Dirección y coordinación del proyecto: Aurora Martín de Santa Olalla

Actividades: Pepa Alarcón

Edición: M.ª Antonia Oliva

Dirección de arte: José Crespo

Proyecto gráfico: Carrió/Sánchez/Lacasta

Ilustración: Jorge Fabián González

Jefa de proyecto: Rosa Marín

Coordinación de ilustración: Carlos Aguilera

Jefe de desarrollo de proyecto: Javier Tejada

Desarrollo gráfico: Rosa Barriga, José Luis García, Raúl de Andrés

Dirección técnica: Ángel García

Coordinación técnica: Lourdes Román

Confección y montaje: Marisa Valbuena, María Delgado

Cartografía: José Luis Gil, Belén Hernández, José Manuel Solano

Corrección: Gerardo Z. García, Nuria del Peso, Cristina Durán

Documentación y selección de fotografías: Mercedes Barcenilla

Fotografías: Algar; J. M.ª Escudero; J. Vendrell; Prats i Camps/Centro de

Recuperación de Fauna Silvestre «El Valle»; COVER/A. Giménez; EFE/M.

Hernández de León; J. M.ª Barres; Lobo Producciones/C. Sanz; Mercedes

Benz; Archivo Santillana

Edición en Ecuador

Dirección editorial: María Soledad Jarrín

Edición: Andrea Naranjo

Coordinación editorial: María Gabriela Tamariz

Diagramación: Diana Novillo y Nancy Novillo

Corrección de estilo: Oswaldo Reyes

Diseño de la portada: Sandra Corrales

ISBN: 978-9942-31-103-0

Impreso por

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



loqueleg

ADAPTACIÓN

Índice



Nota del editor	9
LIBRO PRIMERO	
Azarías	15
LIBRO SEGUNDO	
Paco, el Bajo	29
LIBRO TERCERO	
La milana	45
LIBRO CUARTO	
El secretario	61
LIBRO QUINTO	
El accidente	75
LIBRO SEXTO	
El crimen	95
Cuaderno de estudio	111

Nota del editor



Conociendo a los grande autores es una colección de adaptaciones de obras de los máximos representantes de la literatura clásica y contemporánea. Son textos cuyo estilo y extensión han sido trabajados para facilitar la comprensión de las historias. Sus títulos han sido seleccionados de las listas de lectura recomendadas por programas de estudio como Bachillerato Internacional. Su objetivo es que los estudiantes de Educación General Básica se aproximen de una forma amigable a los autores cuyas obras completas estudiarán en el Bachillerato.

9

Miguel Delibes

Nació en Valladolid, en 1920, Miguel Delibes ha repartido su vida profesional entre la enseñanza, el periodismo y la creación literaria. Desde su primer libro, *La sombra del ciprés es alargada*, por el que obtuvo el Premio Nadal en 1947, Delibes se ha situado en la línea del realismo testimonial, siendo sus obras un reflejo de la vida cotidiana.



Su gran humanismo lo lleva a acercarse al mundo de los más humildes de la sociedad: a los niños en *El camino* (1950), a los ancianos en *La hoja roja* (1959), o a los campesinos de una Castilla rural, abandonada y pobre, en *Las ratas* (1962); pero también critica la burguesía provinciana en *Mi idolatrado hijo Sisí* (1953) y, sobre todo, en *Cinco horas con Mario* (1966).

Académico de la Lengua desde 1975 y ganador de un gran número de premios literarios, entre ellos, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1982, el Premio Nacional de las Letras en 1991 y el Premio Cervantes en 1993, Miguel Delibes ocupa uno de los primerísimos puestos entre los novelistas españoles contemporáneos. Falleció en 2010.

En *Los santos inocentes* (1981) nos habla, en un estilo sobrio y poético; bañado de color local, de la interrelación del ser humano con la naturaleza, de la miseria de las zonas rurales y de la injusticia social.

La lengua en *Los santos inocentes*

Los santos inocentes está concebida como una narración oral, de ahí que en su versión original e íntegra presenta una serie de particularidades: ausencia de puntuación, reducida al empleo de comas para marcar las pausas de entonación, y falta de guiones para señalar cuando habla cada personaje en un diálogo:

Y, en estas, se presentó en el cortijo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la

cocina como era habitual, pero el Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana,

¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo? Y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula,

ae, no se te habrá muerto la otra milana que tú dices, ¿verdad, Azarías?

y tras mucho porfiar, el Azarías:

el señorito me ha despedido,

y la Régula,

¿el señorito?

y el Azarías,

dice que ya estoy viejo,

y la Régula,

ae, eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido,

y el Azarías,

yo tengo un año más que el señorito,

y rutaba y mascaba la nada, sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera (...).

(DELIBES, M. *Los santos inocentes*).

En la presente adaptación, y para favorecer la comprensión del texto al estudiante, se han incorporado la puntuación convencional y los guiones. Hemos conservado, sin embargo, otros rasgos del habla familiar y vulgar de las zonas rurales de España, presentes en la obra original.

Rasgos propios del lenguaje hablado

- Eliminación o elipsis del verbo en las frases que introducen los diálogos.

—¿Qué es lo que te pasa a ti, Azarías?

Él:

—Ando con la perezosa, como yo la llamo (p. 19).

12

- Abundante uso de la conjunción copulativa y.

Y con la primera luz salía al patio, abría el portón y, luego, limpiaba las jaulas de las gallinas y al terminar, pues a regar las plantas y a rascarle al búho entre las orejas (pp. 16-17).

- Uso de la conjunción copulativa y para introducir la intervención de un personaje en el discurso. También acompañada de un nombre propio o de un pronombre personal.

Y el señorito levantaba un poco el hombro izquierdo, y

—Adiós, Azarías (p. 20).

Y el Azarías:

—¿Y los muchachos?

Y ella:

—En la escuela, ¿dónde quieres que estén? (p. 20).

- Empleo de la conjunción *que* reforzativa con valor ilativo o de enlace, equivalente a y.

... la Niña Chica, nunca decía nada, que únicamente, de vez en cuando, daba un grito terrible (p. 31).

- Uso de la conjunción *que* acompañada de un nombre propio para introducir el estilo directo.

Que la Régula:

—¿Estás tonto, Paco? (p. 63).

- Empleo de la conjunción *que* con valor causal, equivalente a *porque*:

Y el señorito sonreía y nada más; que al señorito solo le molestaba que el Azarías afirmase que tenía un año más que el señorito (p. 16).

Rasgos propios del lenguaje familiar y vulgar

- Uso de *donde* por *a casa de*:

... e, incluso, si, de repente, marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él... (p. 15).

- Uso del dativo ético o complemento con el que se expresa la emoción que provoca una acción en una persona:

Crespo, cuídame a estos muchachos (p. 61).

—El Azarías no entró esta mañana (p. 22).

13

—*Los muchachos ya te tienen edad de trabajar* (p. 35).

- Empleo del artículo determinado antepuesto al nombre propio.

la Régula
el Azarías
el Facundo

14

LIBRO PRIMERO

Azarías



A su hermana, la Régula, le molestaba la actitud del Azarías y le regañaba, y él, entonces, volvía a la Jara¹, donde el señorito². A su hermana, la Régula, le molestaba la actitud del Azarías porque ella quería que los muchachos aprendiesen, cosa que al Azarías le parecía un error. Por el contrario, en la Jara, donde el señorito, nadie se preocupaba de si este o el otro sabían leer o escribir. Tampoco importaba si el Azarías iba de un lado a otro, los pantalones caídos y sin botones, los pies descalzos e incluso, si, de repente, se marchaba donde su hermana y el señorito preguntaba por él y le respondían:

—Está donde su hermana, señorito.

Al señorito no le afectaba, apenas levantaba el hombro izquierdo, pero no preguntaba más. Y cuando volvía, lo mismo.

—El Azarías ya ha vuelto, señorito.

15

1 Jara (*f.*): topónimo que evoca la vegetación del lugar. La jara es un arbusto de hojas alargadas y pegajosas que echa flores blancas, rosas o amarillentas, y que huele muy fuerte.

2 señorito (*m.*): hijo de una persona distinguida e importante; tratamiento que daban los criados o los empleados al hijo del amo o a este mismo, especialmente si era joven. En la actualidad, esta forma de tratamiento solo se mantiene en las zonas rurales.

Y el señorito sonreía y nada más; que al señorito solo le molestaba que el Azarías afirmase que tenía un año más que el señorito, porque, en realidad, el Azarías ya era un muchacho cuando el señorito nació. Pero el Azarías no se acordaba de esto. Y si, a veces, afirmaba que tenía un año más que el señorito era porque Dacio, el Porquero³, se lo dijo así una Navidad que estaba borracho y a él, al Azarías, se le quedó en la cabeza. Y siempre que le preguntaban:

—¿Cuántos años tienes tú, Azarías?

Él respondía:

—Exactamente un año más que el señorito.

Pero no lo decía por molestar ni por el placer de mentir, sino porque era como un niño. Y el señorito hacía mal en protestar por eso. Ni era justo tampoco, ya que el Azarías, a cambio de estar todo el día por el cortijo⁴ como masticando la nada, mirándose atentamente las uñas de la mano derecha, limpiaba el coche del señorito. También quitaba los tapones de las válvulas a los coches de los amigos del señorito para que al señorito no le faltaran si venían tiempos difíciles. Además, el Azarías se ocupaba de los perros de caza. Y, si por la noche los perros del cortijo se ponían nerviosos, él, el Azarías, los calmaba con buenas palabras y les rascaba entre los ojos hasta que se tranquilizaban y a dormir. Y con la primera luz salía al patio, abría el portón y, luego, limpiaba las jaulas de las gallinas y al terminar, pues

3 Porquero: sobrenombre que Miguel Delibes da a su personaje, Dacio, siguiendo la costumbre de designar a las personas por su función. El porquero (*m.*) es la persona que se ocupa de los cerdos.

4 cortijo (*m.*): en Extremadura y Andalucía, conjunto de casas rodeadas de tierras que se utilizan para el cultivo o la cría de animales.

a regar las plantas y a rascarle al búho entre las orejas. Y según caía la noche, ya se sabía, el Azarías, sentado junto al fuego, quitaba las plumas a los pájaros que el señorito había cazado durante el día. Y frecuentemente, si eran muchos, el Azarías guardaba uno para la milana⁵, de manera que el búho, cada vez que le veía aparecer, le envolvía en su redonda mirada amarilla. Y el Azarías le decía con una voz muy dulce:

—Milana bonita, milana bonita.

Y le rascaba entre los ojos y le sonreía. Y si tenía que atarlo para que el señorito o la señorita o los amigos del señorito o las amigas de la señorita se divirtiesen disparando a las águilas, el Azarías le ponía en la pata derecha un trozo de tela roja para que la cadena no le hiriese. Y aunque estaba un poco sordo, oía los ruidos secos de los disparos y después de cada uno temblaba y cerraba los ojos.

Y al abrirlos de nuevo, miraba hacia el búho y, al verlo de pie y tan derecho sobre la piedra, se sentía orgulloso de él y se decía con emoción:

—Milana bonita.

Y sentía unas ganas enormes de rascarle entre las orejas, y en cuando el señorito o la señorita o las amigas del señorito o los amigos de la señorita se cansaban de matar pájaros, él se acercaba al búho moviendo la boca arriba y abajo, como masticando algo, y le sonreía.

—No estuviste cobarde, milana —le decía y le rascaba entre los ojos.

5 milana (*f.*): nombre cariñoso que da el Azarías a cada una de sus aves, sean de la especie que sean. El milano (*m.*) es un ave rapaz, de color rojizo y larga cola.

Y después recogía del suelo, una detrás de otra, las águilas muertas. Quitaba la cadena al búho con cuidado y lo metía en la gran jaula de madera que se colocaba encima del hombro. Y muy despacito, se iba hacia el cortijo sin esperar al señorito, ni a la señorita ni a los amigos del señorito ni a las amigas de la señorita que caminaban lentamente, charlando de sus cosas y riendo sin motivo alguno. Y cuando llegaba la noche, sentado en el patio a la blanca luz de una lamparita, el Azarías quitaba las plumas a un pájaro y se iba con él a la cuadra⁶, y:

—Uuuuh —hacía.

Y al minuto, el búho se levantaba sin hacer ruido, en un movimiento blando como de algodón, y hacía a su vez: «Uuuuh», como respuesta al *uuuh* del Azarías. Y después se comía el pájaro en silencio y el Azarías lo miraba comer con una sonrisa y decía:

—Milana bonita, milana bonita.

Y una vez que el búho terminaba su comida, el Azarías se iba donde las amigas del señorito y los amigos de la señorita dejaban sus coches y, con paciencia, quitaba los tapones de las válvulas de las ruedas. Y al terminar, los ponía con los que guardaba en la caja de zapatos, en la cuadra, se sentaba en el suelo y empezaba a contarlos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Y al llegar a once, decía:

—Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco...

Luego salía al patio, ya oscurecido, y en un rincón se orinaba las manos para que no se le estropeasen. Y así un

6 cuadra (*f*): lugar cerrado donde se guardan los caballos y otros animales de carga.

día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, toda una vida. Pero algunas mañanas, el Azarías se despertaba sin fuerzas, y esos días no limpiaba las jaulas, ni disponía la comida para los perros, sino que salía al campo y se acostaba en el suelo. Y cuando Dacio, el Porquero, o el señorito le preguntaban:

—¿Qué es lo que te pasa a ti, Azarías?

Él:

—Ando con la perezosa⁷, como yo la llamo.

Y de este modo, muy quieto, mirando atentamente el Cerro de las Corzas⁸ (del otro lado estaba Portugal), transcurría el tiempo hasta que daba de vientre⁹ y le volvían las energías. Y entonces, reaccionaba e iba donde el búho y le decía dulcemente:

—Milana bonita.

Y luego, se sentaba en el suelo y empezaba a contar los tapones de las válvulas que guardaba en la caja.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Hasta llegar a once, y entonces decía:

—Cuarenta y tres, cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco...

Y al terminar, tapaba la caja, se quedaba un largo rato observando las uñas de su mano derecha, moviendo arriba

7 ando con la perezosa (*inf*): no tengo fuerzas ni ganas de hacer nada. Expresión creada por Miguel Delibes a partir del adjetivo *perezoso*, es decir, vago, que no tiene disposición o interés para trabajar o para realizar lo que debe hacer.

8 Cerro de las Corzas: topónimo que evoca tanto el relieve como la fauna de la zona. El cerro (*m*) es una elevación de terreno menor que un monte o una montaña. Las corzas (*f*) son las hembras del corzo, animal mamífero de pelo habitualmente marrón y rojo en verano y casi gris en invierno.

9 daba de vientre (*inf*): evacuaba el vientre.

y abajo la boca y diciendo palabras incomprensibles y, de repente, decía:

—Me voy donde mi hermana, señorito.

Y el señorito levantaba un poco el hombro izquierdo, y:

—Adiós, Azarías.

Y él se marchaba al otro cortijo, donde su hermana, y ella, la Régula, al abrirle el portón:

—¿Y tú qué haces aquí, si puede saberse?

Y el Azarías:

20

—¿Y los muchachos?

Y ella:

—En la escuela, ¿dónde quieres que estén?

Y él, el Azarías, mostraba un momento la punta de la lengua, volvía a esconderla y decía al fin:

—El mal es para ti, que luego no sirven ni para brutos ni para señoritos.

Y la Régula contestaba:

—¿Te pedí yo opinión?

Pero tan pronto como caía el sol, el Azarías se sentaba delante del fuego, medio dormido, masticando la nada, y un rato después levantaba la cabeza y, de repente, decía:

—Mañana me vuelvo donde el señorito.

Y antes de amanecer, el Azarías ya estaba de camino y cuatro horas más tarde, bañado en sudor y con hambre, en cuanto oía a la Lupe abrir el portón, ya empezaba:

—Milana bonita, milana bonita.

Una y otra vez, sin dejarlo, y a la Lupe, la Porquera, ni los buenos días. Y el señorito tal vez estaba en la cama, descansando, pero en cuanto aparecía al mediodía en la entrada de la casa, la Lupe le informaba:



—El Azarías no entró esta mañana temprano, señorito.

Y el señorito cerraba un poco los ojos:

—De acuerdo —decía.

Y levantaba el hombro izquierdo, como sorprendido, aunque ya se oía al Azarías limpiando las jaulas.

Y de este modo transcurrían las semanas, hasta que un buen día, al empezar la primavera, el Azarías cambiaba: le subía a los labios una sonrisa. Y al ponerse el sol, en lugar de contar los tapones de las válvulas, agarraba al búho y salía con él al encinar¹⁰. Y el enorme pájaro, muy quieto sobre su brazo, miraba los alrededores. Y según oscurecía, levantaba un vuelo blando y silencioso y volvía, al poco rato, con un pájaro entre las uñas y allí mismo, junto al Azarías, se lo comía. Mientras, él le rascaba entre las orejas y escuchaba el corazón de la montaña. Y ahora ya no, pero antes también se oía a los lobos las noches de primavera, pero desde que llegaron los hombres de la luz e instalaron el sistema eléctrico, no se volvieron a oír; y a cambio, se oía gritar al cárabo¹¹, y el búho, en esos casos, ponía derecha la enorme cabezota y el Azarías reía sordamente, sin ruido, y decía a media voz:

—¿Estás cobarde, milana? Mañana salgo a correr el cárabo.

Y al día siguiente, al llegar la noche, salía solo, montaña adelante, abriéndose paso entre la jara crecida, porque el cárabo le producía un gran miedo y, al mismo tiempo, le resultaba extrañamente atractivo. De manera que, al

10 encinar (*m.*): lugar donde crecen muchas encinas, es decir, árboles de hojas pequeñas acabadas en punta y madera muy dura que crecen en las regiones secas de España.

11 cárabo (*m.*): ave rapaz parecida al búho, de color gris y marrón, y alas anchas y redondeadas.

pararse, oía claramente los duros golpes de su corazón, y entonces esperaba un rato para tomar aire y calmar su espíritu, y poco después gritaba, llamando, llamando al cárabo:

—¡Eh!, ¡eh!

Y atento, esperaba respuesta mientras la luna asomaba detrás de las nubes y llenaba el paisaje de una luz llena de sombras, y él repetía:

—¡Eh!, ¡eh!

Hasta que, de repente, veinte metros más abajo, desde una gran encina, le llegó el esperado y terrible grito:

—¡Buhú!, ¡buhú!

Y al oírlo, el Azarías perdía la idea del tiempo y de sí mismo y echaba a correr como loco, y detrás de él, saltando blandamente de árbol en árbol, el cárabo gritando y riéndose. Y cada vez que reía, el Azarías se acordaba de la milana, allí, en la cuadra, y corría aún más rápido, y el cárabo, detrás de él, volvía a gritar y a reír. Y el Azarías corría y corría, se caía y se levantaba, sin volver jamás la cabeza. Y al llegar al cortijo, donde el señorito, la Lupe, la Porquera, le decía:

—¿De dónde te vienes, di?

Y el Azarías sonreía suavemente, como un niño al que sorprenden haciendo algo malo:

—De correr el cárabo, como yo lo llamo —decía.

Y ella comentaba:

—¡Jesús, qué juegos!

Pero él ya estaba en la cuadra, quieto, escuchando los golpes de su corazón, la boca medio abierta, sonriendo a la nada. Y después de un rato, ya más tranquilo, se acercaba a la jaula de la milana, agachado, sin hacer ruido, y de repente hacía:

—¡Uuuh!

Y el búho se le acercaba y le miraba a los ojos, y entonces el Azarías le decía muy contento:

—Estuve corriendo el cárabo.

Y el animal levantaba las orejas y movía el pico como si se alegrara, y él:

—Buena carrera le di.

Y empezaba a reír sin ruido, sintiéndose protegido dentro del cortijo, y así una vez y otra, una primavera y otra, hasta que una noche, a finales de mayo, fue a la cuadra y dijo como de costumbre:

—¡Uuuh!

Pero el búho no respondió a la llamada, y entonces, el Azarías se sorprendió e hizo de nuevo:

—¡Uuuh!

Pero el búho no respondió a la llamada y el Azarías, por tercera vez:

—¡Uuuh!

Pero dentro de la jaula ni un ruido, por lo que el Azarías empujó la puerta y se encontró al búho muy quieto, en un rincón. Y al enseñarle el pájaro sin plumas, el búho no se movió, y entonces el Azarías lo cogió por las alas y lo acercó a su cuerpo, rascándole entre los ojos y diciéndole con cariño:

—Milana bonita.

Pero el pájaro no reaccionó como de costumbre, entonces el Azarías lo dejó, salió y fue a hablar con el señorito.

—La milana está enferma, señorito, tiene fiebre —le informó.

Y el señorito:

—¿Y qué quieres que hagamos? Está vieja ya, habrá que buscar un búho nuevo.

Y el Azarías, muy triste:

—Pero es la milana, señorito.

Y el señorito, algo dormido:

—Y dime tú, ¿no es lo mismo un pájaro que otro?

Y el Azarías insistiendo:

—¿Da permiso el señorito para que informe al Mago¹²?

Y el señorito movió los hombros.

—¿Al Mago? Eso es mucho gastar solo por un pájaro.

Y después se rio como el cárabo, que el Azarías temblaba, y:

—Señorito, no se ría así, por Dios se lo pido.

Y el señorito:

—¿Es que tampoco me puedo reír en mi casa?

Y se rio de nuevo como el cárabo, cada vez más fuerte.

Y al oír sus risas llegaron la señorita, la Lupe, Dacio, el Porquero, Dámaso, y las muchachas de los pastores, y todos reían como cárabos.

Y el Azarías:

—La milana tiene fiebre y el señorito no quiere que llame al Mago.

Y otra vez las risas, hasta que finalmente el Azarías, sorprendido, echó a correr, salió al patio y se orinó las manos. Y después entró en la cuadra, se sentó en el suelo y empezó a contar en voz alta los tapones de las válvulas intentando calmarse.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco.

12 Mago (*m.*): nombre que aquí se da a la persona que, sin ser médico, se dedica a curar utilizando medios naturales, como bebidas hechas con plantas, o empleando otras fuerzas extrañas de la naturaleza, como llamadas a los espíritus, etcétera.